

EL MOTÍN

Año XLII

Madrid, Sábado 22 de Abril de 1922.

Número 1074

HEMEROTECA
MUNICIPAL

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta obra, con el 25 por 100 de rebaja.

De jueves á jueves

Lo que me inquieta más de lo ocurrido esta semana, es la presentación de los proyectos de reforma tributaria. Cada vez que hablan de que los ricos van á pagar más, aunque sea muy poco más (los proyectos no pueden ser más modestos en este respecto), me entran grandes apuros, y ya comprenderán ustedes que no será por la parte que me toca.

Pero es que vengo comprobando que todo intento en este sentido acaba invariablemente en que los amenazados nos sacen otra tira de piel de la peca que ya nos queda. ¿Se acuerdan ustedes de aquel proyecto de impuesto sobre los beneficios extraordinarios de la guerra, que se encaminaba á sacar á navieros, hulleros, etc., una parte de los enormes capitales hechos á favor del desastre mundial? Pues recientemente, creo que en este mismo mes, ha dado el fruto que tenía que dar: se ha concedido á los navieros una cantidad de reales por tonelada, no sea que los pobres tengan que desembolsar para seguir viviendo como príncipes (como príncipes antes de la guerra), algunos millonajes de los que reunieron con tanto afán. (Afan que viene de *ofanar*, que significa *entregarse al trabajo con solicitud congojosa*, y no *apoderarse* de lo ajeno, como creen quienes hablan en jerga germaneca. Se trata sólo de una coincidencia lamentable.)

A los hulleros no se les ha dado nada todavía, pero ya verán ustedes como dentro de poco los protege Dios y el Arancel. Es después de todo justo y proporcionado que quien ha vendido

unos años tierra á precio de carbón, cuando venda carbón lo venda á precio de oro.

Por estas cosas, y otras que paso en silencio, decía yo que se me abren las carnes cuando oigo que van á tributar los ricos.

Claro que todo esto será hasta que la concentración liberal se imponga, que será un día de estos. El disco de gramófono que se ensayó con excelente éxito en Cádiz, que se repitió en Madrid con toda fortuna (á pesar de la voz tan cascada que tiene el aparato que lo cantó en el Senado) y que se ha oído otra vez en Cuenca, dará la vuelta á España, y no podrá por menos de hacer su efecto.

Es agradable escuchar un discurso magnífico, y que después, en vez de sacar los oradores unos polvos para la dentadura, sequen toda una obra de gobierno. No es muy nuevo el método, sin embargo; pero administrándolo bien, aun puede explotarse bastante.

Anteayer martes salió del Senado un hombre esposado para el Juzgado de Guardia.

No se regocijen los lectores demasiado aprisa; no fué quien cada uno de ellos se figura, con el fundamento que sea. Fué un maestro de instrucción primaria á quien se le escapó decir en una interrupción desde la tribuna pública, que ante la guerra de Mariuocos todos los españoles deben ser iguales.

El distinguido senador que sostenía que no deben estar en la guerra los soldados de cuota, salió muy orgulloso á tomar su automóvil. Iba además un poco incomodado con el presidente del Consejo, porque éste se había permitido deslizarse, que algunos parlamentarios abusan de su inmunidad, y que los diputados y senadores son, en cierto modo, ciudadanos como los demás españoles. Le acompañaban en su indignación otros abuelos y padres de la patria. «¿Qué hemos de ser nosotros—pensarian—iguales á esas gentes que venden el voto y hacen otras cosas por el estilo?»

Y el maestro de escuela tratado con tanto rigor, habrá visto que todos los españoles no son, ni pueden ser iguales. Por lo pronto, el más torpe descubre dos clases: los que llevan esposas y los que deberían llevarlas.

Durante esta Semana Santa, en una iglesia se ha encontrado un bulto sospechoso, y en una parroquia se han de-

clarado en huelga los portadores de las andas de la Virgen. Por fin resultó que el bulto sospechoso no era explosivo.

—¡Milagro, hermano!
—Y que unos jóvenes luises pudieran devolver la Virgen á la iglesia, aunque dándole muchos tumbos que no solían darle los herejes huelguistas.
—¡Milagro, hermano!
—¡Milagro también?
—¡Sí; milagro... que no la hicieran trizas!

Solicuio de un piadoso sacerdote al llegar Semana Santa:

—«¡Gracias á Dios que llegan estos días de esplendor para la Iglesia y de entusiasmo para la cristiandad! Son como un rayo de sol en las cisternas despidadas de que hablaba sabiamente en una circular el Sr. Obispo. ¡Lástima que pasen tan pronto! Un mes deberían durar en vez de una semana, para satisfacción de todos y provecho de la Santa Madre Iglesia.»

El buen padre olvidada que en esos días está perdiendo el Señor.

Miseria y religión

Ahora es moda no combatir el clericalismo. Se dice que el clericalismo no es una causa, sino un efecto. Y es verdad. Todas las dominaciones teocráticas se han apoyado en la miseria del pueblo. De la Roma papal decía Macaulay que no se veía en ella, si se exceptuaba á los extranjeros turistas, en su mayoría ingleses, más que sacerdotes y mendigos. De que el clericalismo se desarrolla y florece en los países miserables es buen ejemplo nuestro siglo XVII, en que, arruinadas las antiguas industrias, medio desiertas las ciudades célebres en otro tiempo por su tráfico, yermos los campos, infestados los caminos de bandideros, el hambre llegó á tales extremos, que en la propia capital de España, en cuyos alrededores las gentes morían de inanición, las casas eran arratadas por las turbas famélicas. Fué precisamente entonces cuando la Iglesia no tuvo freno en su voracidad y el país se llenó de morjas y frailes, y, en posesión el clero de la mayor parte de los bienes que quedaban á la nación, hasta el Poder real, que tan enérgicamente se opusiera en los tiempos de Felipe II á las pretensiones desmedidas de la Corte de Roma, se humilló, no ya ante los Papas, sino ante los más humildes y oscuros religiosos. La degeneración fisiológica alimentó las supersticiones más ridículas y más groseras, y no hubo sugestión ni engaño de que no se hiciese víctima á la credulidad popular para mantener sobre ella la más

arbitraria y tiránica de las dominaciones. No fué la casualidad lo que elevó á Carlos el Hechizado al trono de Carlos V; aquel rey idiota, juguete de instrumento de la ambición y la codicia clericales, era el símbolo de una sociedad degenerada por la miseria y sometidos por la degeneración á los desiguales inmorales de un poder cuya fuerza se reduce al extraño prestigio de lo inverosímil y de lo absurdo.

Pero la miseria tampoco es una causa, sino un efecto. La miseria se debe principalmente á la ignorancia, y nada hay que fomenta la ignorancia como la superstición y el fanatismo. Y he aquí de que modo el problema religioso—no el político religioso—, sino el religioso, el que plan teaba Ujannno cuando decía que había que descatolizar á España—es el gran problema de nuestro país. Hablar de libertad de cultos, de secularización de los cementerios y de matrimonio civil á un pueblo que muere de hambre, á las gentes que emigran huyendo de la iniquidad tremenda de nuestra administración y de nuestra justicia, podrá parecer irrisorio, y es, sin duda, un sarcasmo cruel. Pero destruir la ética de la resignación y del abandono, del renunciamento, de la sumisión á imperativos absurdos é irracionales y sustituirlos por la ética de la energía y de la fuerza, de la iniciativa y de la responsabilidad, es la condición «ine que non» del resurgimiento y de la ciudadanía.

El problema es, en el fondo, un problema de ética. No de esa ética burguesa que hace de la más elemental de las relaciones económicas base y fundamento de la moral. Tampoco se trata aquí de esa repugnante ética catoniana, dentro de la cual cae de lleno el caso de conciencia que se planteaban Mícfiz y Ziþirón. Quien dice ética, dice esfuerzo, energía, lucra, iniciativa, responsabilidad, acción, eficacia. Y he aquí como el problema, comúnmente denominado clerical, se convierte en un problema de ética. Detrás de Bala y del budismo, ¿qué puede haber sino una sociedad de bonzos miserables que pasan la vida esperando el nirvana salvador ó se rajan el vientre para acelerar su advenimiento? El solo nombre de Confucio evoca una sociedad rutinaria y estúpida, en la que el culto de los antepasados es el fundamento de la constitución social. Imaginad, en cambio, una religión que divinita en Afrodita, nacida de la espuma del mar, el amor, y en Dionisio la embriaguez de la vida, y en el gran Pan la potencia del Universo; es la religión del inmortal pueblo griego, patria de las artes y de las ciencias, de la libertad, á pesar de los esclavos, y de la ciudadanía; la religión de Roma, la energía hecha carne, conquistadora del mundo.

Así en toda la Historia. Dad á la ética clerical un inmenso vergel y hará de él un inmenso cenobio. Regada una ciudad á un convento y la hierba crecerá en las calles y plazas. Es la sombra de los altos muros conventuales lo que esteriliza los campos y tiende á los hombres en el surco. A la sombra letal de la Iglesia, abandonadas al ensueño místico, perecieron todas las sociedades que no supieron resistir el influjo clerical. A la sombra letal de la Iglesia, en profundo sopor, del que sólo la crisis esasmódica pudo sacarlo para llevarlo á combatir en tierras extrañas por la cruz, consumió sus energías nuestro gran pueblo, que se asoma á la Edad Moderna como uno de los más esforzados campeones de la libertad y de la cultura y cae para no volver á levantarse

en una ininterrumpida decadencia de cuatro siglos.

ALVARO DE ALBORNOZ

DESDE BARCELONA

Principios de una campaña

Cuando estas líneas vean la luz pública en el EL MOTIN, órgano del anticlericalismo y del librepensamiento, es fácil que se haya inaugurado la serie de conferencias y mítines que proyectamos llevar á cabo, no sólo en la ciudad condal, sino en las cuatro provincias de la región catalana, á fin de despertar las conciencias aletargadas por la suspensión de garantías durante tres años, sin que ni liberales, ni conservadores, ni izquierdas hiciesen lo que debían para que se restableciera.

Barcelona, una de las ciudades (no sólo de España sino de Europa) que ha estado alerta en todos los momentos propicios para demostrar su amor á la libertad, ora en lo político, ora en lo social, ora en la libertad de conciencia y de cátedra, no iba en esta ocasión á hacer caso omiso de la gran campaña que venían preparando los prelados españoles con el visto bueno del Gobierno, para dejarnos por completo avasallar y perder las libertades conquistadas á costa de la sangre de tantos mártires por el espacio de varios siglos.

Barcelona, á pesar de tener castradas las energías por las luchas societarias, en las que los gobiernos han tenido la mayor parte de responsabilidad, estamos seguros de que, con garantías ó sin garantías, hubiese respondido á nuestro llamamiento anticlerical y librepensador, por ser este de capital importancia para las libertades públicas.

Hoy, que existe el libre ejercicio de manifestación, de reunión y de asociación, haremos que llegue nuestra campaña hasta los recónditos lugares donde se ejerza más ó menos presión contra la libertad de conciencia, contra la libertad de la cátedra y á favor del entronizamiento del clericalismo en la vida privada, como pública, á fin de impedirle por completo que perturbe como hasta aquí los hogares por la ignorancia y la incultura de la mujer, último baluarte de todas las religiones.

Si conform: en España no hemos tenido Prensa anticlerical y librepensadora, excepto EL MOTIN y Las Dominicales y algún periódico más que en este momento no recordamos, habrán sido más los órganos, y más los anticlericales y librepensadores que les dieran vida, no habría adquirido tan funesta preponderación el clericalismo.

El único periódico que queda hoy en España atacando constantemente al clericalismo es EL MOTIN, reducido á cuatro páginas para mayor vergüenza de todos nosotros. Si parte del dinero gastado en lunch y banquetes por los partidos de la izquierda antidinástica se hubiera dedicado á combatir al clericalismo inundando á España de periódicos, folletos y libros, hojitas y á extender la propaganda oral por todas partes, no nos veríamos obligados ahora á intensificar nuestros esfuerzos para librarnos del mayor mal que sufrimos: el clericalismo.

Nuestra campaña será todo lo amplia posible, á fin de que repercuta en todos los ámbitos de las cuatro provincias catalanas, para que la tierra de nuestro gran

Pi y Margall se alce, erguida y orgullosa como libre y soberana entre todas las regiones de España.

En nuestra campaña han de intervenir republicanos, socialistas, comunistas, sindicalistas, anarquistas, todos los anticlericales, todos los librepensadores, todas las escuelas en absoluto, porque aquí no están las puertas cerradas para ninguna por muy avanzada que sea.

En cada uno de los diez distritos que cuenta Barcelona daremos una conferencia, además de un mitin público en el que han de cooperar catedráticos, estudiantes, anticlericales, librepensadores y todos aquellos elementos que defiendan la libertad de la conciencia y las de la cátedra, reunión, asociación, etc. etc.

Como estamos seguros de que los clericales andan ya trabajando para buscar el desquite de la fracasada Gran Campaña Sacristanesca, nos levanta nos enérgicos y decididos al grito de ¡Libertad y á ellos!

DEMÓFILO GAÑÁN

Barcelona, 7-4-1922.

Dispénseme el autor de ese artículo el que haya suprimido algunos párrafos, unos porque podían haber sido denunciados, otros por los elogios que de mi labor se hacía.

Y ahora ¿qué decirle?

Que el resurgimiento del anticlericalismo me ha producido satisfacción grande, que irá en aumento si, como creo y espero, no ocurre lo que otras veces.

Recuerdo que allá por los comienzos de 1895 se intentó formar una Liga antiesuítica á la que se adhirieron inmediatamente los periódicos anticlericales que por entonces existían, y que eran los siguientes:

«Las Dominicales», «El País», «La Justicia», «El Resumen», «La Irradiación», en Madrid; «El Diluvio», en Barcelona; «La Voz Montañesa» en Santander; «El Pueblo» y «La Antorchita Valentina», en Valencia; «El Baluarte» y «El Aviso», en Sevilla; «La Unión Republicana», en Pontevedra; «La Unión Democrática», «El Ciclón» y «El Grito del Pueblo», en Alicante; «El Clamor», en Castellón; «El Censor Democrático», en Manzanares; «La Región Extremeña», en Badajoz; «La Consecuencia», en San Martín de Provensals; «La Federación», en San Sebastián; «El Linares», en Linares; y otros en varios puntos que en este instante no recuerdo.

Pues bien; á pesar de ser tantos, y de contar con escritores y oradores de primer orden, nada práctico se hizo, por faltarnos la virtud de la *perseverancia*. Y lo que en aquella fecha, se repitió siempre que fué lanzada al público la misma idea.

No he de decir aquí todo lo que hice y realicé contra el clericalismo desde que fundé EL MOTIN, hasta 1916 en que me fué ya imposible seguir publicando libros, folletos, láminas, postales y Hojitas de propaganda por falta de ambiente anticlerical; mas sí quiero declarar que estoy enorgullecido de que los jóvenes que hoy levantan

esa bandera reconozcan que la he mantenido enhiesta desde 1881.

Perseveren en su propósito, y cuenten con que secundaré su campaña en la medida que me lo permitan las actuales dimensiones de EL MOTIN.

A MIS QUERIDOS AMIGOS

¿Habrá quien dude al leer ese título que es a los lectores de EL MOTIN a quienes me dirijo? Seguramente no. Y me dirijo á ellos hoy, para decirles:

Tengo la seguridad de que estáis, como yo, contentísimos al ver que en varias poblaciones han surgido juventudes que se disponen á luchar contra el clericalismo; lucha que vosotros venís sosteniendo años há sin desmayos ni vacilaciones, y cada día más convencidos de que esa es la rémora mayor que tiene España para dignificarse y engrandecerse.

Como á mí me ha ocurrido, os habréis visto alguna vez motejados por los mismos que profesaban vuestras ideas políticas, mal juzgados por los acomodaticios, y veja los por las autoridades, sin que nada de esto quebrantara vuestra convicción ni os indujera á abandonar vuestro puesto en la vanguardia del ejército de la Civilización.

Seguid, como hasta aquí, despreciando á los necios, los vividores y los hipócritas que os censuren, y enveaneos de hacer contribuido con vuestro ejemplo y vuestra constancia á que despierten la conciencia dormida.

JOSÉ NAKENS

Locura religiosa

Los diarios ingleses se ocupan de una verdadera explosión de manifestaciones de carácter religioso en el Norte de Escocia.

La inició en un centro de pesca, un obrero tonelero llamado Jack Troup, el cual posee condiciones sobresalientes de orador.

Un día que fué á Jarmouth, bajó á la aldea de Saint Canros, y en pocos días todos los vecinos se arrodillaban ante él.

En todas las poblaciones que recorre el resultado es idéntico: los cinematógrafos y las cantinas se despueblan; la gente arroja los cascos de whisky al arroyo, las salas de baile se cierran. En Carbruburg, pequeña aldea á pocos kilómetros de Fraseburgh, hicieron entrega á la iglesia de pipas, tabaco, barajas, fichas, juegos de damas, etc., etc., en señal de arrepentimiento.

Rezando de día y de noche, los pescadores remiendan las redes ó se dedican á los preparativos de la pesca

leyendo uno de ellos las Sagradas Escrituras.

Junto á estos signos de misticismo, hay otros fenómenos de carácter más grave, y los manicomios se llenan rápidamente de hombres y mujeres.

El *Daily Express* atribuye el fenómeno á causas económicas, y recuerda que en otras ocasiones los pescadores, bajo la influencia de una mala temporada de pesca, se entregaron á manifestaciones semejantes, aunque nunca tan delirantemente como ahora.

Quien gana con esta agitación mística es la Iglesia, que ve en perspectiva buenas cosechas para la fe. Comentando los hechos esbozados, el obispo de Norwich ha dicho lo siguiente:

«Después de la guerra habíamos olvidado á Dios, su ley, su potencia, su amor. Es Dios que se hace sentir. Si, estoy de acuerdo en que está en una manifestación de fe un poquito cruda y rústica. Pero el primitivo cristianismo se propagó de abajo arriba. Es cierto que hay exageraciones histéricas, pero lo que purifica, endulza y eleva es siempre bueno...»

¿Bueno para quién?

Para los que explotan las supersticiones, que tienen su principal origen en la ignorancia y la miseria.

Por peteneras

Señor alcalde mayor,
no prenda usted á los ladrones...
que van á quedar las tiendas
para albergue de ratones.

Señor alcalde: Si es cierto que amimos se propone para el que al público estafe trocar la vara en garrote; Si al patrón de sus promesas ajusta usted sus acciones y á moralizar resuelto nada habrá que se lo estorbe; Si el que echa harina al azúcar, sebo en la manteca pone, transforma en café las habas y en vino el agua que corre; Si el que embadidos expende que cuando llega la noche el que los comió en sus tripas piensa que rebuznos oye; Si el que con cal y con sesos una leche tal compone que el estómago enjalbega del infeliz que la sorbe; Si el que una pared maestra en cada libreta esconde y se llama tahonero cuando albañil es su nombre; Si el que el pescado y la carne ofrece como lecciones al soberbio, recordándole que *todo* se descompone; Y, si en fin, el que en el peso y en la medida nos robe, los aires del *Abanico* va usted á disponer que tome...

Medita, señor alcalde, el riesgo á que nos expone á los que el *comercio honrado* nos llama consumidores: á que por estar los dueños en donde les corresponde, se cierran las tiendas todas; ¿y cómo surtirse entonces?

Señor alcalde mayor,
no prenda usted á los ladrones...
que van á quedar las tiendas
para albergue de ratones.

J. N.

El pobre hombre

El tema de la imperfección humana es, por lo visto, inagotable. Siempre se nos ha dicho que somos barro vil, y ya no lo ponemos en duda; pero ahora va viéndose que somos, además, barro mal cocido, lleno de desconchados y desquajaduras ilañables. El discurso, leído por el conde de Gimeno al ingresar en la Academia de Ciencias es desconcertante.

¿Es que nos han fabricado mal definitivamente, ó que no estamos bien hechos todavía? En todo caso, los hombres de hoy no podemos tener esperanzas. Si la Naturaleza ha necesitado tantos miles de años para ponernos en el decoroso estado actual, ¿cuántos no habrá de emplear en corregir su obra hasta poderla dar por concluida?

Según el doctor Gimeno, el organismo humano, como una casa mal hecha, tiene tabiques que no separan, ligaduras que no atan, conductos que no favorecen la circulación, puertas que no cierran, ventanas que apenas dejan paso al aire y la luz; y por todas partes, hendeduras y resquicios traidores. Es decir: que si viviéramos dentro de nosotros mismos encontraríamos el alojamiento inhabitable.

Ni hay, como es consiguiente, en esta vana de mal abrigo de nuestro interior, concierto, ni orden, ni disciplina. El diafragma se entretiene en armar conflictos entre el tórax y el abdomen, en vez de tenerlos á raya, como es su obligación; el riñón se niega á correr no sé qué puertas por las cuales vienen á minar nuestra vida alevosas enfermedades; el úter se complace en estrecharse para provocar esos tempestuosos disturbios que se llaman cólicos nefríticos. Y por el estilo se comportan los demás funcionarios de nuestra economía.

Ya hace muchos años, un amigo que no tenía la ciencia del doctor Gimeno, pero sí un agudo espíritu de observación, pensó que el hombre era demasiado defectuoso por de fuera, y elevó al Hacedor Supremo un pliego de reparos, que probablemente se habrá perdido en el maremágnum de la burocracia celestial. Tenemos infinidad de cosas que injurian el buen sentido. Es, por ejemplo, una superfluidad poco razonable llevar dos ojos en la cara y ninguno en la nuca, para ver lo que sucede a nuestra espalda. Las pantorrillas, que no ejercen detrás ninguna misión, nos protegerían, colocadas delante, de golpes y fracturas frecuentes y muy dolorosas. La inmovilidad de las orejas es absurda; no las podemos volver cuando nos hablan por la espalda, ni sacudirlas cuando nos atormenta una mosca: cualquier pollino

nos aventaja en este punto. El cuello debería ser grático; porque hay ocasiones en que nos convendría tener el rostro a la espalda: cuando, por ejemplo, se sienta en el teatro deirás de nosotros una persona que nos interesa. ¿Por qué se reproducen incesantemente las uñas, que estraban, y no se reproducen los dientes ni el pelo, que son imprescindibles? ¿Por qué tenemos diez dedos en los pies, que sólo sirven para criar callos, y no tenemos veinte en las manos, donde siempre hallarían aplicación? ¿Por qué la tapa del cráneo no ha de ser tan recia que no pueda romperse, ó de quita y pon, para poderla substituir con facilidad? Si el mundo está tan lleno de asperezas y aristas cortantes, ¿á qué forrarnos de una piel tan fina y delicada que se raspa, se chafa ó se mancha al más ligero contacto?

Y no acabaríamos nunca si entrásemos en consideraciones de más alto orden. Hay insectos que conocen desde mucho antes que nosotros la telegrafía sin hilos: hay bestias professoras, sin previo aprendizaje, en ciencias, artes y oficios; las abejas y las hormigas podrían darnos lecciones de precisión y buen gobierno. No hay animal que necesite al hombre, ni hombre que pueda prescindir de los animales.

¿No será nuestra inteligencia tan torpe y engañadora como nuestros sentidos? ¿No padeceremos una deplorable alucinación cuando nos consideramos gobernadores del mundo? ¿No estaremos, sin saberlo, bajo el gobierno de los otros animales sobre quienes creíamos reinar?

Si yo no temiese indignar á todos los académicos del orbe, prometería desarrollar este tema el día en que me hagan académica.

FELIX LORENZO

La fuerza del Decálogo

¿Ustedes saben los diez mandamientos de la ley de Dios?...

(Coro general:—«¡Miren qué pregunta!»)

Bueno, no es precisamente una pregunta, sino más bien una suposición ó un valor descontado. Y voy á mi cuento.

Todos sabemos los diez mandamientos de la ley de Dios, y nadie puede alegar ignorancia.

No importa que los sepamos todos.

Vamos á glosarlos.

El primero, «amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á tí mismo por el amor de Dios»...

Y al primer tapón, zurrapas. ¿Quién ama á su prójimo como á sí mismo?

Pasemos por alto los 2.º, 3.º y 4.º que nos llevarían á terrenos sarzonos.

El quinto, «no matar».

Y estamos viendo que se atenta contra la vida del prójimo; después de una carnicería descomunal en los campos de batalla; dirimimos casi todas las cuestiones de alguna enjundia á tiro limpio; glorificamos al vencedor, que lo es quien más, duro ha pagado. ¿No es así?

Del sexto ni una palabra, porque está en la conciencia de todos lo forma de cumplirlo.

El octavo «no levantar falsos testimonios ni mentir».

La mentira ha encarnado en la diplomacia, y es práctica usual en las costumbres. Mentiras por galantería, por misericordia, por buen tono, por interés, por una porción de cosas más.

Invierto el orden adrede para englobar los séptimo, noveno y décimo, que en el fondo coinciden, pues prohíben respectivamente el hurto y la codicia, de cuerpos y de bienes. Después de todo, el judío Filón nos los clasificaba como San Agustín, á quien ha seguido la Iglesia.

Y bien, «no hurtar, no desear la mujer del prójimo y no codiciar los bienes ajenos».

En cuanto al hurto, tal y como se especifica en las leyes, queda desprovisto de índole moral. Se hurta, muchas veces, en forma que la acción no parece constitutiva del hurto.

Respecto al desear la mujer del prójimo, ¿para qué hablar de ello? Y tocante á codiciar los bienes ajenos, ¿habrá necesidad de hacer comentarios?

Ha progresado el mundo extraordinariamente desde Moisés acá. Progreso material y pensamental ó intelectual. Incontables las doctrinas de regeneración y de moral humana, sin que ninguna de ellas ofrezca la simplicidad y la profundidad que á un tiempo encierra la obra del Sinaí. Y esa obra del Sinaí, tan sencilla y tan honda á la par, apenas se cumple...

Repitámoslo: «Todos sabemos los diez mandamientos de la ley de Dios, y nadie puede alegar ignorancia.» Su fuerza espiritual es indiscutible; su fuerza social es casi nula. No sé si amamos á Dios sobre todas las cosas; pero, en términos generales, es lo cierto que no amamos como nos manda el precepto á nuestro prójimo. Asimismo matamos, á pesar del mandamiento; mentimos, pese al Decálogo, etc., etc.

¿Querrán convencernos de que otras doctrinas, otros credos, otros fundamentos de moral enrevesados, complicados, oscuros, pedantescos ó difusos pueden lograr que las agrupaciones humanas se entiendan y sea el mundo una Arcadia feliz?...

SEBASTIAN COMILA

Problema no resuelto aun

Disputábase en una reunión sobre el antiquísimo problema de la madera que sirvió para hacer la cruz de Cristo. En la reunión había un naturalista, un anticuario, varias damas, un cura y un médico.

¿Chopo? ¿Sicomoro? ¿Alamo? ¿Encina? ¿Manzano? Este último árbol conquistó la adhesión de las mujeres.

Se puso en claro que, aunque dicen que parte de la cruz se conserva, la Iglesia no ha dicho de cuál madera está construida. La duda, por lo tanto, no llevaba trazas de resolverse. El naturalista insinuó alcornoque, y el cura, hecho un basilisco, dióse por aludido en nombre del clero, y prorrumpió en soeces insultos.

Y queriendo cortar la discusión, dijo que, cuando Dios no había permitido que supiésemos de qué madera se construyó su cruz, sería porque no lo necesitaríamos. Lo cierto era que la cruz con su sombra cubría el mundo para salvación de los creyentes y amenaza de exterminio y condenación de los herejes é impíos: esto sobre todo.

—Señores, dijo entonces el médico; yo tenía la opinión que van ustedes á

oir, y que ahora el páter, con sus virulentas é injuriosas palabras acaba de confirmármela.

—¡A ver, á ver!

—En mi humilde opinión, la madera de la cruz no fué de ningún árbol de los mencionados, ni del manzano; fué del... manzanillo. El señor cura nos ha descrito los efectos de su sombra, y tiene razón; así está el mundo desde que la sombra esa quita toda la luz del progreso que le es posible.

El cura se quedó pegado á la pared y gruñendo.

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR A EL MOTIN

Los amigos de Santaña 100 pesetas. Macario Garrido, Villanueva de la Jara, 4 pesetas. Justo Andina, Vegadeo, 6; M. González. Baños Aires, 10; Casino Republicano, Borja, 20; A. Aragón, Huelva, 19; E. Racardi, Santiago de Cuba, 50. Antonio Pérez Rodríguez, 5 pesetas. José Pérez Meira, 5; Jesús Milo Sabas, 1; Justo García Sánchez, 1; Benito Astorga Cobas, 4; Francisco Albo Escobar, 1; Adolfo Bureda Gorzalo, 1. (Todos de Menferte.) Total 18 pesetas.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Campelo.—R. Donis. Atonada su suscripción á fin Febrero 1923.

Villanueva de la Concepción.—A. Palomo. Id. á fin Marzo 1923.

Guareña.—Juan Alvarez. Id. á fin Febrero 1923.

El Campillo.—Círculo Mercantil. Idem á fin Diciembre 1922.

Baracaldo.—Primitivo Fernández. Id. á fin Marzo 1923.

Cofio.—P. Gutiérrez. Id. á fin Febrero 1923.

Ibars de Urgel.—P. Ribera. Id. á fin Abril 1923.

Faura.—E. Pérez. Id. á fin Junio 1922.

Soto del Barco.—A. Fernández. Id. á fin Diciembre 1922.

Medina de Rioseco.—O. López. Recibido giro de 6 pesetas. Conforme.

Puerto de Santa María.—J. Muñoz. Id. de 20 á su cuenta.

Ceuta.—Viuda de Cortés. Id. de 5. Conforme.

Breda.—José Casas. Id. de 7,50 á su cuenta.

Palamos.—Salvador Plaia. Id. de 10 á cuenta.

Navia.—José Méndez. Id. de 4,35. Conforme.

Borja.—Baltasar Gorzález. Id. de 38. Abonadas las tres suscripciones.

Santed.—E. Guillén. Id. de 6 Conforme.

Moforte.—J. Pérez Meira. Id. de 108. Conforme y gracias.

Huelva.—A. Aragón. Id. de 25. Gracias.

ABRAHAM POLANCO

El último día de la Ciudad

Libro intenso y demoledor

TRES PESETAS

Imp. Juan Pérez.—Paseo de Valdecilla, 2.—Madrid.